

## La Campaña Libertadora

Según el relato de Daniel Florencio O'Leary

El 23 de mayo de 1819, en marcha a El Mantecal, convocó Bolívar a junta de guerra a los jefes del ejército. Asistieron a ella Soublette, Anzoátegui, Briceño Méndez, Carrillo, Iribarren, Rangel, Rook, Plaza y Manrique.

En una choza arruinada de la desierta aldea de Setenta, a orillas del Apure, se decidió la invasión de la Nueva Granada. No había una mesa en aquella choza, ni más asiento que las calaveras de las reses que para racionar la tropa había matado, no hacía mucho, una guerrilla realista. Sentados en esas calaveras, que la lluvia y el sol habían blanqueado, iban aquellos jefes a decidir los destinos de la América. No de otro modo se me figura deliberarían Rómulo y sus compañeros cuando resolvieron trazar los estrechos límites de la ciudad eterna. Habló Bolívar y repitiendo lo que ya había dicho a Páez, pintóles el estado del ejército, el peligro de permanecer en los llanos durante la estación de las lluvias, consumiendo sus recursos y expuestos a las enfermedades en climas tan mortíferos. Leyó en seguida Soublette, jefe de estado mayor, los despachos que se habían recibido en Casanare, y volviendo Bolívar a tomar la palabra, expuso su plan de sorprender al enemigo que ocupaba la Nueva Granada, y que para ejecutarlo la invadiría por la vía de Cúcuta con las divisiones de Páez y Anzoátegui, en tanto que Santander haría una diversión por Casanare. Empero no era éste su verdadero plan; sin embargo, encargó a todos los presentes la más ab-

---

NOTA. — La Campaña Libertadora de Colombia, que se inició en la aldea de Setenta y concluyó gloriosamente en Boyacá y cuyo sesquicentenario está celebrando la nación, tiene una bibliografía muy escasa. Hemos seleccionado el relato de Daniel F. O'Leary, un irlandés valeroso que luchó al lado de Bolívar en la mayor parte de sus empeños libertadores y nos dejó una estimable crónica de la guerra en sus "Memorias". Este relato, un tanto esquemático, ya muy olvidado, pero admirablemente fiel, como que fue hecho por uno de los principales actores de la Campaña Neogranadina, revive para las juventudes de ahora esta gesta singular, con objetividad, calor y gallardía.

soluta reserva, a que ninguno de ellos faltó; todos aprobaron el proyecto y nadie más que Iribarren, único que pocos días después trató de frustrarlo, induciendo a la desertión al cuerpo que él mandaba. El general Pedro León Torres no concurrió a esta junta ni supo lo que en ella se había resuelto, lo que le ofendió grandemente.

De El Mantecal, a donde llegaron aquella misma tarde, salió Rangel con pliegos para Páez en los que se le comunicaba el plan que se acababa de adoptar, y al mismo tiempo partió un emisario cerca de Santander dándole órdenes para que allanase o por lo menos facilitase los obstáculos que se oponían a aquel vasto designio.

Dirigió también al gobierno de Angostura el día 26 este oficio en que desarrollaba su plan: "Por fin, después de las más serias meditaciones me he determinado, habiendo consultado antes a los jefes del ejército, a ejecutar la más importante operación que en nuestro presente estado puede emprenderse. Mi pensamiento es marchar a Cúcuta con la mayor parte de este ejército, dejando aquí el resto para la seguridad del Bajo Apure. Entretanto el señor general Santander entrará por Soatá a incorporarse con nosotros por aquella parte. La rapidez será la divisa de esta campaña. No daremos tiempo a Morillo para que nos tome la espalda, pues para cuando él pueda emprender algo contra nosotros ya habremos vuelto sobre él con fuerzas dobles o triples de las que llevamos. La Nueva Granada se halla en el estado más propicio para ser libertada, y creemos con fundamento que lo será con poca dificultad, y entonces nuestros medios para finalizar la guerra se habrán aumentado muy considerablemente. Hace mucho tiempo que estoy meditando esta empresa y espero que sorprenderá a todos, porque nadie está preparado para oponérsele; y así lo creo y es de desear".

El 26 de mayo, el ejército, compuesto de cuatro batallones de infantería, a saber: **Rifles, Barcelona y Bravos de Páez** con la **Legión Británica**, formando en un todo 1.300 hombres, y los escuadrones **Húsares, Llano Arriba y Guías**, fuertes de 800, emprendió la marcha. La estación de las lluvias comenzó precisamente ese mismo día; pero a pesar de todo, manifestó el ejército la más viva alegría. El verdadero objeto de la marcha sólo era sabido por los jefes, como que le importaba ello poco o nada a la tropa, que todo lo que apetecía era el servicio activo.

En Guasualito se publicó en la orden general el punto a que el ejército marchaba, y se le comunicó al vicepresidente del estado Francisco Antonio Zea, el verdadero plan de la campaña, en oficio del 3 de junio, en el que se le decía: "Aunque la empresa es fácil, del modo que la anuncié a V. E., para asegurar más el resultado he variado las operaciones. En lugar de ir a Cúcuta me dirijo a Casanare con la infantería. Reunido allí con el señor general Santander ocuparé a Chita, que es la mejor entrada a la Nueva Granada. Entre tanto el señor general Páez, con una columna de caballería tomará los Valles de Cúcuta y llamará la atención del enemigo hacia allí, lo que facilitará en gran modo la operación, porque obligamos al enemigo, o a concentrar las fuerzas en Sogamoso o a dividir las para atender a todas partes. En el primer caso nos abandona las provincias de Pamplona y Socorro y parte de las de Santa Marta y Tunja. En el segundo nos será muy fácil batirlo

y es más seguro el resultado. Cualquiera que sea el plan que el enemigo adopte, luego que hayamos entrado al interior de la Nueva Granada, quedaré yo mandando el ejército todo reunido y el señor general Páez volará a continuar en el mando de esta provincia y del cuerpo de ejército que la cubre”.

La víspera de la marcha del ejército desertó el escuadrón **Húsares** al mando de Iribaren; pero en nada desalentó al presidente ni a los demás cuerpos este desastroso suceso. El plan de campaña era como se ve, sencillo. Bolívar debía pasar los Andes después de que se le reuniese Santander, y Páez penetrar en los valles de Cúcuta, al frente de mil hombres, por la montaña de San Camilo. Durante la marcha de El Mantecal a Guasualito, se trató de corromper la fidelidad de algunos oficiales de influencia en el cuerpo llanero perteneciente a la división destinada para la campaña de Nueva Granada. El objeto de esta intriga desleal era deponer al presidente, alegando para ello por toda razón la mala suerte que parecía acompañarle en todos sus proyectos y la temeridad del que ahora pretendía llevar a cabo, presentando, sí, en voz baja a Páez como el hombre predestinado para la elevada posición de general en jefe.

Por fortuna los agentes de esta conspiración no hallaron séquito alguno, y no volvió a pensarse en ella. El 4 de junio pasó la división el Arauca y entró en la provincia de Casanare, que, aunque en aquel tiempo se gobernaba por leyes y magistrados de Venezuela, formaba parte del territorio granadino. Al siguiente día se continuó la marcha. Las lluvias habían comenzado con rigor inusitado y caían a torrentes. Arroyos que apenas tenían agua en el verano, ahora inundaban las sabanas; riachuelos que poco antes no contenían agua suficiente para apagar la sed del viajero, se habían convertido, desbordando su cauce, en ríos navegables. Para pasarlos era necesario construir botes de cuero, ya con el fin de evitar que la humedad dañase el parque, ya para trasladar la parte de tropa que no sabía nadar. Durante siete días marcharon las tropas con el agua a la cintura, teniendo que acampar al raso en los sitios o lugares que el agua no había alcanzado a cubrir. Por todo abrigo llevaba el soldado una miserable frazada, pero ni aun de ella se servía para cubrirse, tanto era su empeño de proteger el fusil y sus municiones.

El 11 de junio llegó la división a Tame en el estado más lastimoso. Era éste el cuartel general de Santander, jefe de la división denominada de vanguardia. De todos modos, de algún consuelo le sirvió al ejército la llegada a aquel punto. A la ración ordinaria de carne pudo aquí añadirse un poco de sal y algunos plátanos; nada más necesitaba el soldado para olvidar sus penas y para concebir halagüeñas esperanzas de éxito en la campaña, que había comenzado bajo auspicios tan funestos. El ejército se componía de hombres todos jóvenes que no se impresionaban mucho de los cuidados de la vida ni de las fatigas y peligros. El mismo presidente no había cumplido aun treinta y seis años y gozaba de salud perfecta y de una actividad física y moral asombrosa. Nunca se le oyó quejarse de fatiga, ni aún después de arduos trabajos y de largas marchas en que no pocas veces se ocupaba en ayudar a cargar las mulas y en descargar las canoas y en otras fae-

nas, si impropias del alto rango de primer magistrado, dignas de alabanza en el patriota ferviente y en el soldado fuerte que desatiende todas las humanas conveniencias en servicio de una causa santa. Tráandose de la salud común no había para Bolívar oficio humilde.

Segundo en rango era el general Soublette, jefe de estado mayor, unido a Bolívar por lazos de sangre y amistad. Desde el principio de la revolución mostró su ardiente amor a la patria sirviéndola como militar. En todo el curso de la guerra ocupó siempre puestos de confianza. Miembro del estado mayor de Miranda, siguió su suerte hasta la capitulación de San Mateo que, como a sus demás compañeros de armas, le volvió a la clase de simple ciudadano. Cuando las victorias de Bolívar arrancaron a Venezuela del ominoso yugo de Monteverde, fue Soublette uno de los primeros que se pusieron al servicio de la patria y el último en retirarse después de los desastres de Maturín. De aquella costa desolada pasó a Margarita, con la vana esperanza de encontrar allí un asilo que la tiranía española respetase. Cuando la isla se sometió al pacificador Morillo, Soublette hubo de huir a las Antillas para dirigirse en seguida a Cartagena. Mandaba la Popa cuando durante el sitio los españoles atacaron aquella importante posición. Evacuada la plaza, buscó a Bolívar y le acompañó en su expedición a Ocumare. Fue el segundo jefe de MacGregor en su gloriosa retirada hasta Barcelona.

Al regreso de Bolívar fue nombrado para el empleo que desempeñaba en la campaña de la Nueva Granada. En aquel tiempo contaba veinte y nueve años de edad: era alto y un tanto delgado, de modales cultos y agradable presencia, poseía el dón de expresarse con facilidad, y si su reserva le hacía a las veces aparecer como orgulloso, desaparecía esta impresión a poco que se le trataba más a fondo. Difícil era sacarle una respuesta inmediata y directa, por fácil que pareciese a su interlocutor. Preguntóle un amigo en cierta ocasión cómo pronunciaba él su propio apellido, creyendo que le contestaría sin vacilar, pero se equivocó: "Nunca lo pronuncio yo mismo", le contestó con naturalidad. Era diligente y metódico en el desempeño de los negocios de su cargo; sus órdenes e instrucciones eran claras y precisas. Poseyó siempre la confianza de Bolívar y nunca abusó de ella.

De Santander básteme decir que, nacido en el Rosario de Cúcuta, mostró desde muy temprana edad grande aplicación al estudio; pasó muy joven a Santafé, donde bajo la protección de un pariente suyo que gozaba de un beneficio eclesiástico, hizo sus estudios, destinado a la iglesia por aquel su pariente, los que abandonó para afiliarse en el ejército patriota al estallar la revolución. Cuando Morillo sometió en 1816 las provincias independientes del Nuevo Reino de Granada, Santander, que era el jefe de estado mayor de la división republicana derrotada en Cachirí, se retiró a los llanos de Apure con el mismo carácter en la división de Serviez. Poco después recayó en él el mando en jefe, pero su conducta ofendió a sus subalternos, que le depusieron y nombraron a Páez en su lugar. El principal promotor de la deposición fue el coronel Rangel. Observando éste la apatía con que Santander miraba las privaciones de las tropas y el descontento de los oficiales, le hizo en nombre de éstos y en distintas veces algunas observaciones. Tal intervención fue mirada por Santander como impropia de

un subalterno, y tanto por orgullo cuanto por espíritu de contradicción, insistió en las medidas que por ignorancia había adoptado al principio; el disgusto se hizo entonces general, pero Santander continuó imperturbable. Al fin resolvió Rangel removerle de un puesto que desempeñaba con más terquedad que lustre y en que daba a conocer más indolencia que habilidad. Con todo, hizo todavía un último esfuerzo para persuadirle a que oyese los justos clamores de los oficiales; y con este fin se dirigió a su habitación, donde le encontró en la hamaca tan tranquilo como si nada sucediese. Rangel le habló en los términos siguientes, poco más o menos: "Coronel, estamos en la necesidad de salir de este lugar; las tropas están disgustadas y los caballos pereciendo de hambre con la sequía". "Yo también debo morir algún día". Era ya lo bastante. Rangel se retiró decidido a humillar tan desatinado orgullo, y dirigiéndose a los oficiales que podían ayudarle en sus rebeldes designios, púsolos por obra el mismo día.

En la ocasión condújose Santander con firmeza y dignidad. Justamente indignado con la insubordinación y viendo más que inútil toda oposición, reconvino a los autores de la sedición con la debida severidad, pero, dando digno ejemplo de patriotismo, se prestó luego a servir en aquella misma división de que había sido jefe. Al saber que Bolívar había invadido a Guayana, presentóse en el cuartel general, donde fue muy bien recibido y nombrado para un destino elevado en el estado mayor. Hizo la campaña de 1818 como subjefe de estado mayor general, y terminada ésta regresó a Angostura, donde fue promovido por su protector al rango de general de brigada y nombrado comandante general de la provincia y jefe de la división de Casanare. El buen desempeño de la comisión que el gobierno le había confiado, fue reconocido por éste en términos satisfactorios.

Abrazó Santander desde los albores de la revolución la carrera de las armas y mereció la confianza de los que la rigieron después de su transformación política. Joven entusiasta y ambicioso, era de todos los granadinos que se hallaban en el cuartel general, el más idóneo para desempeñar el puesto a que Bolívar le destinó. Gran conocedor de los hombres no se equivocó en la elección. Era Santander entonces joven, de regular estatura, un tanto compulento, lo que quitaba a su porte la gracia y dignidad en sus movimientos. De cabellos lisos y castaños, tez blanca, frente pequeña e inclinada hacia atrás, ojos pardos con largas pestañas, hundidos, vivos y penetrantes, nariz recta y bien formada, labios delgados y comprimidos, barba redonda y corta. Su rostro grave, revelaba energía y resolución, pero cierto descuido en el vestir le hacía deslucir los atractivos de su persona, a lo que también contribuían sus modales bruscos y su poca franqueza. Tenía talento, alguna instrucción y mucha aplicación a los negocios; en los trabajos del bufete era infatigable, pero gustaba poco del movimiento y ejercicio de la vida militar; no solo éste, sino mayor defecto le atribuían sus camaradas de campaña, que le acusaban de falta de brío como soldado.

El general José Antonio Anzoátegui, comandante de la división denominada de retaguardia, nació en Barcelona en 1789. Sus servicios militares empezaron con la revolución, con tanta honra para él como utilidad para la patria. Su extraordinario valor e intrepidez le

granjearon la estimación de Bolívar y de sus compañeros, a pesar de su carácter áspero y desapacible. Anzoátegui estaba siempre de mal humor, en todo y por todo hallaba faltas. Si la marcha era corta o larga, el tiempo húmedo o seco, el camino suave o escabroso, siempre tenía de uno u otro modo iguales motivos de queja. Odiaba a Santander con toda su alma, pero por respeto al general Bolívar disimulaba hasta donde podía esta aversión profunda.

El Coronel Rook, que mandaba una brigada en la división de Anzoátegui, era de un carácter diametralmente opuesto al de su jefe. Contento con todos y con todo, y en especial consigo mismo, parecía menos que indiferente, complacido con la vida que llevaba. Para él el clima de Apure era suave y saludable y superior a cualquiera otro, hasta que entró al territorio de la Nueva Granada, cuyo clima, por supuesto según él, no tenía rival en el mundo. Nunca había pasado mejor vida, decía, que durante la campaña de Arauca; los soldados de su brigada eran los mejores del mundo hasta que alguno de ellos moría, que entonces, lejos de quejarse de la muerte, se consolaba diciendo que la merecía. Si alguna vez llegó a disgustarse con alguna cosa era más bien por coincidir con su general, quien para no dejar de quejarse, decía que Rook era demasiado bueno. La única disputa que tuvo en el curso de la campaña, ocurrió en Pore con el médico mayor del ejército, doctor Foley, compatriota suyo. Versaba el asunto en discusión sobre cuál era la mejor de las dos capitales, la de Nueva Granada o la de Venezuela. Rook sostenía la superioridad de la última y Foley daba a la primera la preferencia. Se dijeron palabras acaloradas, y hubiérase sometido el caso a las armas, si no se hubiesen interpuesto otros haciéndoles notar lo absurdo de la disputa sobre un asunto que ninguno de ellos conocía, puesto que ni habían visto las ciudades en cuestión, ni siquiera oído ni leído una descripción exacta de cualquiera de las dos. El apacible Rook reconoció fácilmente la exactitud de la observación y amistóse en el acto con su contrincante.

En una de las batallas subsecuentes recibió Rook una herida grave. Bañado en sangre, al ver pasar junto a él a un oficial de estado mayor, le llamó para preguntarle si el presidente estaba satisfecho de su conducta. El oficial, después de manifestarle los deseos que tenía de auxiliarle y consolarle en tan aflictiva situación, le contestó que S. E. consideraba heroica su conducta. "Tiene mucha razón", repuso Rook suspirando, pero la misma habría sido su respuesta si el oficial le hubiese dicho lo contrario. Al siguiente día le amputaron el brazo, operación que sufrió con el buen humor de costumbre y haciendo reflexiones acerca de la perfección de la mano que iba a perder para siempre. Pocos días después rindió la vida.

Tales eran los jefes principales del pequeño ejército con que Bolívar realizó la emancipación de una de las más importantes secciones de la América española. Entre los comandantes de los cuerpos y entre los subalternos, había muchos jóvenes que se distinguieron en aquella campaña memorable y contrajeron méritos en el curso de la guerra. El código militar español fue adoptado con cortas variantes; pero como Bolívar tenía el ejército en movimiento constante, no había tiempo para entregarse mucho a los ejercicios disciplinables. No se ob-

servaban reglas uniformes y cada comandante de batallón ejercitaba su cuerpo conforme al método que mejor le parecía, pero este defecto quedaba remediado con la concordia que reinaba entre los diferentes cuerpos.

La Nueva Granada, desde la pacificación, que es el vocablo empleado por los españoles para indicar el sometimiento del país con el exterminio de sus hombres prominentes, estaba sometida a todos los horrores del sistema militar en su más insoportable despotismo. Al virrey Montalvo, que residía en Cartagena, se le privó de la facultad de hacer el bien, solamente porque manifestó su deseo de hacerlo. Su autoridad existía sólo en el nombre. Las órdenes de Morillo eran ejecutadas por Sámano, tirano sanguinario que tenía todas las preocupaciones y resabios de la vejez, sin que hubiese logrado alcanzar la experiencia que ella da. Con el carácter de comandante general de la tercera división, ejerció una autoridad ilimitada e hizo el papel de un déspota caprichoso. Su conducta arbitraria fue reprobada por todos, aun por la misma real audiencia, que pidió al rey en una representación, enviase una persona más a propósito para las circunstancias, a fin de que gobernase el país conforme a las leyes. La petición fue desoída; y Sámano, promovido a virrey, al verse así en posesión del poder a que aspiraba, se hizo más cruel en proporción de su mayor rango.

La Nueva Granada quedó sometida a la vara de hierro de aquel déspota. Empleáronse los hijos y los tesoros del infortunado país en remachar las cadenas de Venezuela su hermana y aliada. No se les permitía a los granadinos ni el consuelo de resentirse de los ultrajes hechos a sus mejores y más valientes conciudadanos que habían perecido en el cadalso, en el destierro o en los grillos y cadenas de las prisiones. Parecía que Sámano solo quisiese por súbditos esclavos despreciables, satisfechos con la coyunda que les sujetaba e impotentes para sacudirla.

Un religioso dominico y una mujer volvieron por el honor de la patria. El padre Ignacio Mariño, educado para una profesión pacífica, abandonando los hábitos y su rosario vistió el traje del guerrero y fue el primero en desplegar bajo las banderas de la rebelión el valor del soldado.

La historia de Policarpa Salavarrieta es sencilla a la vez que patética. Amaba a la patria, y para servirla mejor dio su corazón a un joven afiliado en el partido de la independencia, y el cual por tal causa había sido sentenciado a servir como soldado raso en el ejército español. Pola, como generalmente se la llamaba, le recordó su primer juramento y la obligación sagrada que tenía de ser fiel en todo trance a la Nueva Granada. Por su medio logró ella sobornar a algunos soldados realistas, que por consejo suyo desertaron y confió a su amante documentos importantes para entregarlos a los jefes patriotas en Casanare, instruyéndole de cómo debía obrar. Fugóse éste con sus compañeros que habían desertado pero la fortuna le fue menos fiel que él a la señora de sus pensamientos. Descubrióse la fuga y fue aprehendido sin que pudiese ocultar los papeles que llevaba; de éstos apareció Pola complicada, y ambos, así como los demás desertores, fueron juzgados y condenados a muerte por un consejo de guerra. Bien que a Pola le

ofreciesen el perdón, no hubo consideración humana que pudiese inducirle a descubrir sus cómplices, y Sámano fue bastante bárbaro para mandar ejecutar la sentencia inmediatamente. Durante el juicio y hasta el caldalso dio pruebas de calma y dignidad que realizaron más la virtud de aquella víctima perseguida y paciente. Llena de profética confianza, anunció poco antes de morir que no estaba lejano el día de la retribución. Aunque sus enemigos respetaron su valor heroico, no bastó éste para salvarla del suplicio. Fue fusilada en la plaza principal de Santafé, frente al palacio, el 14 de noviembre de 1817.

Poca fama habría adquirido el que, versado en onomancia, hubiese predicho su suerte en la pila bautismal; pero después de su muerte ocurriósele a uno de sus compatriotas formar con las letras de su nombre el anagrama que resume, por coincidencia singular, el episodio de su generoso sacrificio: "Yace por salvar la patria", es el más apropiado epitafio para el monumento que la patria agradecida levantará algún día a su memoria. Ningún esfuerzo del arte podrá recordar sus virtudes y heroísmo con más precisión y poética sencillez.

El pueblo granadino se conholió de la muerte de su heroína; pero no dio ninguna prueba evidente de quererla vengar; el terror había apagado del todo la llama del patriotismo. Unas cuantas guerrillas en las provincias del norte eran tan solo protesta débil, aunque honorífica, contra los opresores. Si el genio de Bolívar no hubiese concebido el proyecto que realizó con tanta habilidad, la Nueva Granada habría tenido que lamentar por largo tiempo la pérdida de su libertad y maldecir de la apatía de sus hijos.

Mientras Bolívar reconcentraba el ejército en Tame, las fuerzas realistas en la Nueva Granada al mando de los oficiales más hábiles del ejército expedicionario y perfectamente equipadas, se hallaban acantonadas de la manera siguiente: cuatro mil hombres guarnecían la frontera del norte que separaba las provincias de Cundinamarca y Tunja de los llanos de Casanare; en las guarniciones de Santafé y otras ciudades del interior y del litoral se empleaban tres mil, todos ellos, españoles y naturales, bien disciplinados y pagados. La caballería montaba los mejores caballos y la artillería estaba bien servida y completa en un todo. Si a estos recursos, que sin duda eran suficientes para la defensa militar del país, agregamos los obstáculos naturales que el terreno oponía, el proyecto de Bolívar parecería una quimera, si no hubiese confiado él menos que en la fuerza material de su ejército en los recursos de su propio genio y en la constancia que hizo su nombre tan formidable para los enemigos de su patria.

De Tame a Pore, capital de Casanare, todo el camino estaba inundado: "Más un pequeño mar que un terreno sólido era el territorio por donde el ejército debía hacer sus primeras marchas" dice Santander en su relación de esta campaña. El 22 de junio se encontraron obstáculos de otro orden. Los gigantescos Andes, que se consideran intransitables en esta ocasión, parecían poner una barrera insuperable a la marcha del ejército. Durante cuatro días lucharon las tropas con las dificultades de aquellos caminos escabrosos, si es que precipicios escarpados merecen tal nombre. Los llaneros contemplaban con asombro y espanto las estupendas alturas, y se admiraban de que existiese

un país tan diferente del suyo. A medida que subían y a cada montaña que trepaban crecía más y más su sorpresa; porque lo que habían tenido por última cima no era sino el principio de otra y otras más elevadas, desde cuyas cumbres divisaban todavía montes cuyos picos parecían perderse entre las brumas etéreas del firmamento. Hombres acostumbrados en sus pampas a atravesar ríos torrentosos, a domar caballos salvajes y a vencer cuerpo a cuerpo al toro bravío, al cocodrilo y al tigre, se arredraban ahora ante el aspecto de esta naturaleza extraña. Sin esperanzas de vencer tan extraordinarias dificultades, y muertos ya de fatiga los caballos, persuadíanse de que solamente locos pudieran perseverar en el intento, por climas cuya temperatura embargaba sus sentidos y helaba su cuerpo, de que resultó que muchos se desertasen. Las acémilas que conducían las municiones y armas caían bajo el peso de su carga; pocos caballos sobrevivieron a los cinco días de marcha y los que quedaban muertos de la división delantera obstruían el camino y aumentaban las dificultades de la retaguardia. Llovía día y noche incesantemente, y el frío aumentaba en proporción del ascenso. El agua fría a que no estaban acostumbradas las tropas, produjo en ellas la diarrea. Un cúmulo de incidentes parecía conjurarse para destruir las esperanzas de Bolívar, que era el único a quien se veía firme, en medio de contratiempos tales que el menor de ellos habría bastado para desanimar a un corazón menos grande. Reanimaba las tropas con su presencia y con su ejemplo, hablábales de la gloria que les esperaba y de la abundancia que reinaba en el país que marchaban a libertar. Los soldados le oían con placer y redoblaban sus esfuerzos.

El 27 la vanguardia dispersó una fuerza realista de 300 hombres, ventajosamente apostados frente a Paya, pueblo de la cordillera. Esta formidable posición pudo cerrar el paso del ejército; el destacamento realista era más que suficiente para defenderla contra 6.000 hombres; pero la timidez del comandante español salvó al ejército y dejó a Bolívar libre el camino de la Nueva Granada.

Con estas palabras describe el mismo Bolívar en su oficio al vicepresidente las penalidades de su marcha hasta Paya: "Desde Guasualito, donde tuve la satisfacción de escribir a V. E., no había ocurrido novedad importante en el ejército. Todas nuestras operaciones se limitaban a marchar por país amigo, hasta el 27 del presente en que atacó la vanguardia al destacamento de 300 hombres que tenía aquí el enemigo. Este suceso ha dado principio a la campaña de la Nueva Granada, y si los primeros sucesos pueden ser presagio del resultado de una empresa, el de la nuestra será el más feliz: 300 hombres de la más selecta infantería enemiga han sido desalojados de esta posición, tan fuerte por la naturaleza, que 100 hombres son bastantes para detener el paso a 10.000. La ventaja de nuestra victoria se redujo a la ocupación del puesto, sin haber podido perseguir al enemigo porque pasó el puente del río Paya, que no da vado, y lo cortó. Se le quitaron los pocos víveres que tenía aquí y se le mataron algunos hombres. Pero no ha sido esta la victoria que más satisfacción ha producido al ejército, ni la que más esfuerzo nos ha costado. La principal dificultad que hemos vencido es la que nos presentaba el camino. Un mes entero hemos mar-

chado por la provincia de Casanare, superando cada día nuevos obstáculos, que parece se redoblaban, al paso que nos adelantábamos en ella. Es un prodigio de la buena suerte haber llegado aquí sin una novedad con el ejército, después de haber atravesado multitud de ríos navegables que inundaban una gran parte del camino que hemos hecho en los Llanos. Esta creí que fuese la principal dificultad de mi marcha, y vencida, nada me parecía lo demás, cuando he tropezado con obstáculos que sólo la constancia a toda prueba pudiera haber allanado. La aspereza de las montañas que hemos atravesado es increíble a quien no la palpa. Para formar una idea de ellas basta saber que, en cuatro marchas, hemos inutilizado casi todos los transportes del parque y hemos perdido todo lo ganado que venía de repuesto. El rigor de la estación ha contribuido también a hacer más pesado el camino; apenas hemos concluido la marcha, podemos lisonjearnos de haber hecho lo más difícil, y de que nos acercamos al término”.

La alegría del triunfo obtenido en Paya, fue inmensa en tales momentos pues las tropas desalentadas con las fatigas, las enfermedades y el hambre, recuperaron su antiguo aliento y consideraron sus penas casi terminadas. Desde este lugar no le era ya posible a Bolívar ocultar por más tiempo sus movimientos al enemigo, lo que le obligó a dirigir a los habitantes del país que había invadido la siguiente proclama:

“Un ejército de Venezuela, reunido a los bravos de Casanare a las órdenes del general Santander, marcha a libertaros. Los gemidos que os ha arrancado la tiranía española han herido los oídos de vuestros hermanos de Venezuela, que después de haber sacudido el yugo de nuestros comunes opresores han pensado en haceros participar de su libertad. De más remotos climas una legión británica ha dejado la patria de la gloria por adquirir el renombre de salvadores de América. En vuestro seno, granadinos, tenéis ya este ejército de amigos y bienhechores, y el Dios que protege siempre la humanidad afligida, concederá el triunfo a sus armas redentoras.

“Vosotros en los años pasados sucumbisteis bajo el poder de aquellos aguerridos tiranos que os envió Fernando VII con el feroz Morillo. Este mismo formidable ejército, destruido por nuestros triunfos, yace en Venezuela; vosotros solos sostenéis la crueldad de vuestros tiranos; pero vosotros sois granadinos, sois patriotas, sois justos; vosotros volveréis, pues, contra los españoles esas armas de maldición que os habían confiado para que fueseis vuestros propios verdugos.

“El ejército libertador está convencido de vuestros sentimientos liberales: sabe que vosotros habéis sido más bien las víctimas que los instrumentos de los tiranos. No temáis, pues, nada de los que vienen a derramar su sangre por constituirlos en una nación libre e independiente. Los granadinos son inocentes a los ojos del ejército libertador, del congreso y del presidente de la república. Para nosotros no habrá más culpables que los tiranos españoles y ni aun éstos perecerán si no es en el campo de batalla”.

Bolívar tuvo a empeño introducir y esparcir esta proclama en la provincia de Tunja en donde la impresión que hizo produjo el doble resultado de despertar en los habitantes el sentimiento de las injusticias sufridas y el deseo de vengarlas. Los patriotas perseguidos se pre-

pararon a ayudar al ejército en todo lo que les era posible, mientras que los realistas por su parte notaron inmediatamente la variación que en ellos se había efectuado en tan pocos días, a pesar de que educados los granadinos en la servidumbre habían adquirido y practicaban con el mejor éxito el arte del disimulo.

Pasados algunos días de descanso, continuó su marcha el ejército el 2 de julio. El destacamento realista, que había sido batido en Paya, se retiró a Labranza Grande, punto al cual guiaba un camino que era considerado como el único posible en aquella estación del año; otro había al través del páramo de Pisba, pero tan quebrado y desigual, que apenas se usaba en el verano. Considerábanlo insuperable los españoles y por ello descuidaron su defensa; motivo que precisamente decidió a Bolívar a escogerlo. El paso de Casanare por entre sabanas cubiertas de agua, y el de aquella parte de los Andes, que quedaba detrás, aunque escabroso y pendiente, era en todos sentidos preferible al camino que iba a atravesar el ejército. En muchos puntos estaba el tránsito obstruido completamente por inmensas rocas y árboles caídos, y por desmedros causados por las constantes lluvias que hacían peligroso y deleznable el piso. Los soldados que habían recibido raciones de carne y arracacha para cuatro días, las arrojaban y sólo se curaban de su fusil, como que eran más que suficientes las dificultades que se les presentaban para el ascenso, aun yendo libres de embarazo alguno. Los pocos caballos que habían sobrevivido perecieron en esta jornada. Tarde de la noche llegó el ejército al pie del páramo de Pisba y acompañó allí; noche horrible aquella pues fue imposible mantener lumbre por no haber en el contorno habitaciones de ninguna especie y porque la llovizna constante acompañada de granizo y de un viento helado y perenne, apagaba las fogatas que se intentaban hacer al raso, tan pronto como se encendían.

Como las tropas estaban casi desnudas y la mayor parte de ellas eran naturales de los arduos llanos de Venezuela, es más fácil concebir que describir sus crueles padecimientos. Al siguiente día franquearon el páramo mismo, lúgubre e inhospitalario desierto, desprovisto de toda vegetación a causa de su altura. El efecto del aire frío y penetrante fue fatal en aquel día para muchos soldados; en la marcha caían repentinamente enfermos muchos de ellos y a los pocos minutos espiraban. La flagelación se empleó con buen éxito en algunos casos para reanimar a los **emparamados** y así logró salvarse a un coronel de caballería. Durante la marcha de este día, me llamó la atención un grupo de soldados que se había detenido cerca del sitio donde me había sentado abrumado de fatiga, y viéndolos afanados pregunté a uno de ellos qué ocurría; contestóme que la mujer de un soldado del batallón **Rifles** estaba con los dolores del parto. A la mañana siguiente ví a la misma mujer con el recién nacido en los brazos y aparentemente en la mejor salud, marchando a retaguardia del batallón. Después del parto había andado dos leguas por uno de los peores caminos de aquel escabroso terreno.

Cien hombres habrían bastado para destruir al ejército patriota en la travesía de este páramo. En la marcha era imposible mantener juntos a los soldados, pues aun los oficiales mismos apenas podían su-

frir las fatigas del camino, ni menos atender a la tropa. Aquella noche fue más horrible que las anteriores y aunque el campamento estaba más abrigado y era menos frecuente la lluvia, perecieron muchos soldados a causa de sus sufrimientos y privaciones. A medida que las partidas de diez o veinte hombres descendían juntos del páramo, el presidente los felicitaba por el próximo término de la campaña, diciéndoles que ya habían vencido los mayores obstáculos de la marcha. El 6 llegó la división de Anzoátegui a Socha, primer pueblo de la provincia de Tunja: la vanguardia le había precedido desde el día anterior. Los soldados al ver hacia atrás las elevadas crestas de las montañas cubiertas de nubes y brumas hicieron voto espontáneo de vencer o morir, antes que emprender por ellas retirada pues más temían ésta que al enemigo por formidabile que fuese. En Socha recibió el ejército solícita hospitalidad de los habitantes del lugar y de los campos circunvecinos. Pan, tabaco y chicha, bebida hecha con maíz y melado, recompensaron las penalidades sufridas por las tropas y las alentaron a concebir más halagüeñas esperanzas en lo porvenir. Mas al paso que disminuían los trabajos del soldado, se multiplicaban las atenciones del general. La caballería había llegado sin un solo caballo, y las provisiones de guerra yacían en el tránsito por falta de acémilas en qué transportarlas; a duras penas conservó la infantería secos sus cartuchos en medio de las lluvias, y las armas en su mayor parte estaban descompuestas y se hacía necesario limpiarlas pronto. Las tropas estaban sin vestido, los hospitales llenos y el enemigo se encontraba a pocas jornadas. Pero no lo era la grande alma de Bolívar para apocarse ante estos embarazos, que por el contrario, sólo servían para hacerla cada vez más grande y poner a prueba lo inagotable de sus recursos. Su primer cuidado fue asegurar la subsistencia de las tropas y ponerlas en estado de resistir a los realistas. Con este fin despachó al coronel Lara, cuya actividad en ejecutar las órdenes del presidente era asombrosa, para que con cuantas mulas pudiera reunirse a recoger las armas y municiones dejadas atrás y a reunir los dispersos y enfermos, y mandó también comisionados a recolectar caballos en diferentes puntos y a traer ganados de los campos circunvecinos. Se organizó un hospital, se enviaron espías en todas direcciones a indagar noticias acerca del enemigo y difundir otras exagerando el número, calidad y disciplina del ejército patriota. Nada quedó por hacerse de cuanto podía aconsejar la prudencia.

Grande fue la sorpresa de los realistas al oír la nueva de que tenían de huésped un ejército enemigo como que les parecía increíble que Bolívar hubiese emprendido operaciones, superando tantos y tan ingentes obstáculos, en una época del año en que pocos se arriesgaban ni a las más cortas jornadas. Creyóse, por lo que de antemano se sabía, que la tropa que había llegado a Paya era la división de Casanare, pues el destacamento realista que evacuó aquella importante posición y se retiró a Labranza Grande, después de pedir refuerzos, jamás llegó a sospechar que Bolívar pudiese tomar la ruta inusitada y casi intran-sitable del páramo de Pisba. Barreiro, comandante en jefe de la tercera división española, tenía sus reales en Sogamoso, posición central donde había reunido mil seiscientos hombres; los cuerpos restantes de su ejército estaban acampados en los puntos más vulnerables de la frontera.

Bolívar destacó el 7 un piquete de **Guías** a hacer un reconocimiento. El teniente coronel Durán, que mandaba la partida, sorprendió y capturó un destacamento realista estacionado en los Corrales de Bonza. Barreiro hizo entonces un movimiento en aquella dirección con la fuerza que tenía a sus inmediatas órdenes. Un tanto recobrados de las fatigas de su extraordinaria marcha, avanzaron a su encuentro los independientes; pero a pesar de los inauditos esfuerzos de actividad del presidente sólo se habían recogido unos cuantos caballos en los tres días transcurridos desde su llegada a Socha hasta la aproximación del enemigo; sin embargo, aunque pocos, eran buenos y los montaban los más diestros lanceros del llano. El resto de la caballería iba mezclada con ellos con el propósito de hacer bulto e imponer con su presencia, ya que por falta de caballos no podía entrar en pelea. El coronel Justo Briceño, que mandaba la avanzada, encontró cerca de los Corrales una partida enemiga encargada de practicar un reconocimiento, y cargándola en el acto la obligó a replegarse sobre el cuerpo principal. No obstante, el enemigo continuó su movimiento, hasta que descubrió la división de Santander, cuando se retiró a la Peña de Tópaga, altura casi inaccesible, que tiene al río Gámeza al frente. A la mañana siguiente volvió Barreiro a cruzar el río y avanzó con el intento de reconocer el campo, pero apenas columbró las columnas patriotas que habían acampado la noche precedente en Tasco, emprendió de nuevo la retirada hacia su campamento. Bolívar dio órdenes de atacarlo en la posición formidable que ocupaba, porque calculaba que Barreiro recibiría de día en día nuevos refuerzos, que venían ya marchando en todas direcciones a reunírsele. El enemigo se hizo firme en el puente de Gámeza para defenderlo; pero fue desalojado con pérdida y al replegarse hacia los Molinos de Tópaga, se mostró poco dispuesto a aceptar un combate en términos iguales, lo que obligó a su contrario a retirar sus fuerzas. Las pérdidas de realistas y patriotas en la acción de Gámeza quedaron equilibradas. Comenzó la función a las diez de la mañana y terminó al caer la noche. Los independientes tuvieron que lamentar la muerte del teniente coronel Arredondo, buen oficial, amante de su patria a la cual sacrificó su reposo y su vida. Durante la acción sufrió el general Santander una contusión ocasionada por una bala perdida, y Bolívar, al observar que se había desmontado del caballo, volvió riendas a indagar con toda solicitud la causa de la alarma, y se afectó no poco al saberla.

Era incontestable que el jefe realista estaba resuelto a no ofrecer ni aceptar batalla, hasta no habersele reunido todas las tropas disponibles, ya que la naturaleza del terreno se prestaba ventajosamente a la guerra defensiva. En consideración de tales circunstancias resolvió Bolívar organizar su pequeña fuerza y excitar a los habitantes a un levantamiento general, y no anduvo tardo en recordar a los granadinos sus sufrimientos con ánimo de despertar en ellos el deseo de vengarlos; sus esfuerzos no fueron vanos. Los patriotas fugitivos que se habían ocultado en rincones remotos del país, salían ahora a presentarse y ofrecer sus servicios al ejército libertador. Los independientes, dondequiera que se mostraban eran recibidos por los campesinos con los brazos abiertos: el país estaba decididamente en favor de la causa que

defendía y proclamaba Bolívar. Siendo si no imposible, sí muy difícil forzar la posición que ocupaba Barreiro con las pocas fuerzas de que podía disponer Bolívar, le obligó a abandonarlas con un movimiento de flanco, a consecuencia del cual quedaron los patriotas en posesión del fértil y populoso territorio de Santa Rosa y abrieron comunicaciones con las provincias del Socorro y Pamplona.

Al descender las tropas de las colinas numerosas que circundan el risueño valle de Cerinza, fue mucho el gozo que experimentaron al contemplar la abundancia de aquella fértil comarca. Los oficiales ingleses que servían en los cuerpos criollos, porque la brigada de Rook había quedado en Paya, recordaron su país natal al observar la cultura y distribución de aquellos campos. Los habitantes hicieron demostraciones de verdadera alegría a la vista de los libertadores. Bolívar se aprovechó de su entusiasmo para obtener caballos para la tropa y alpargatas, especie de sandalias hechas de las fibras del maguey o jeníquén, para suplir la falta de calzado ordinario y pudo aumentar las raciones agregándoles tabaco y aguardiente en dosis moderadas. Alentadas las tropas con la acogida franca y cordial que recibieron, ardían en deseos de venirse a las manos con el enemigo y no tardó en llegarles la ocasión. El 20 de julio los cuerpos avanzaron por las espaciosas llanuras de Bonza en donde los realistas ocuparon posiciones casi tan inaccesibles como las de Peña de Tópaga; y como habían concentrado ya casi todas sus fuerzas, se creyó que de buen grado aceptarían la batalla que se les ofrecía. Empleóse todo aquel día en escaramuzas y movimientos sin pérdida sensible de ningún lado. Los patriotas sin embargo, sacaron ventajas de la timidez aparente del enemigo, pues tuvieron tiempo para traer la columna que se había dejado en Paipa y para que los naturales se pronunciasen en su favor. El campo de Bonza durante aquellos días parecía más bien una gran feria, según era el concurso de gente que de todas partes acudía.

El 22 se reunió al ejército el cuerpo que mandaba el coronel Rook. Este jefe que en medio de todas las privaciones y sinsabores de la marcha no había hallado nada qué censurar, ni se le había oído una sola queja, no tuvo ahora, cosa rara, ni una palabra con qué expresar su contento, teniendo a la vista tanto que debía excitar su admiración. Al presentarse al presidente, le encontró sentado en un baúl con su almorzo por delante compuesto de carne asada, pan y chocolate sobre un rústico banco de madera. Apresuróse Rook a felicitar a S. E. por el feliz cambio y notable mejora que presentaba el ejército desde que se habían separado. A todas las preguntas que le hizo el general Bolívar, dio las respuestas más satisfactorias y le aseguró que su cuerpo nada había sufrido en el páramo. En esto estaba y comiendo con gran apetito al lado de S. E., que le había invitado a compartir con él su frugal desayuno, que de contado aseguraba Rook ser el manjar más apetitoso que hubiese probado en su vida; en esto estaba, digo, cuando se presentó el general Anzoátegui cariacontecido y de mal humor “¿Qué novedad hay, Anzoátegui?”, preguntó Bolívar. “Cómo que si la hay”, contestó aquél, y en seguida inquirió si S. E. tenía noticia del estado en que había llegado el cuerpo de dragones de Rook. “Sí que la tengo, pues su coronel acaba de darme los más favorables in-

formes diciéndome que no ha tenido pérdida ninguna en el páramo". Siguióse entonces una explicación, de la cual resultó que una cuarta parte de los soldados ingleses y dos oficiales habían perecido durante la marcha. "No lo niego, exclamó Rook, pero también es cierto que merecían su suerte, pues esos hombres eran los de peor conducta en mi cuerpo y éste ha ganado con su muerte". La conformidad del jefe inglés hizo sonreír al presidente, mas no así al sempiterno regañón de Anzoátegui.

Entre tanto, permanecía el enemigo en sus posiciones sin dar muestra alguna de querer aceptar el combate en la llanura. Después de vanos esfuerzos para comprometerle a una acción de armas, efectuó Bolívar un movimiento de flanco para envolver su ala derecha. Al amanecer del 24 de julio, aniversario del santo patrón de España y del natalicio de Bolívar, comenzó el ejército el paso del río Sogamoso, que atraviesa las llanuras de Bonza. Al medio día, cuando desfilaban por el Pantano de Vargas, se presentó el enemigo, coronando las alturas del frente. Desde las nueve de la mañana había observado Barreiro el movimiento de los patriotas y dádose toda prisa a contrarrestarlo. Ambos ejércitos se apercibieron luégo al punto para la batalla. El republicano se vio obligado a ocupar una posición desventajosa que se procuró remediar haciendo que Santander subiese con su división a las alturas que dominaban la izquierda del ejército libertador, cuyo flanco derecho estaba protegido por un pantano. Barreiro empezó la acción destacando el batallón 1º del Rey a ejecutar un movimiento sobre la izquierda del ejército patriota para caerle luégo por la espalda; y al ver que este cuerpo se había posesionado de las alturas donde Santander le opuso muy débil resistencia, acometió el centro de la posición con tal intrepidez que los batallones Rifles y Barcelona flaquearon y le abrieron paso. Todo parecía perdido en aquel momento; pero Bolívar voló a reunir los cuerpos desbaratados y ordenó al coronel Rook que con la Legión Británica desalojase al enemigo de las alturas que ocupaba, lo que verificó el bizarro inglés del modo más brillante. Entre tanto el general realista, fogoso e infatigable, reparó el menoscabo sufrido con otro ataque vigoroso sobre el frente del ejército independiente. Corta fue sin embargo la ventaja que obtuvo, porque empleando Bolívar su pequeña reserva con acierto y a tiempo, decidió la victoria a su favor con una de las cargas de caballería más espléndidas. Una palabra o los esfuerzos de un solo hombre han logrado en ocasiones calmar una insurrección o dar un triunfo. Cuando ya todo parecía inclinarse a favor de los españoles, que contaban con la destrucción completa del ejército independiente y cuando todos desesperaban del triunfo menos Bolívar, se presentó Rondón, que mandaba un escuadrón de llaneros, en el momento crítico. Dirigióse Bolívar a ellos con voces de aliento y dijo a su jefe: "Coronel, salve U. la patria". Lanzóse éste al punto, seguido de intrépidos soldados, contra los escuadrones enemigos que avanzaban y los arrolló causándoles gran mortandad. Imitó el ejemplo de Rondón la infantería, y fue ya imposible a los realistas resistir el ímpetu del ataque combinado. La noche puso fin al sangriento combate, cuyo desenlace pareció tan dudoso en ocasiones durante la lucha. Dos veces se creyó perdido el ejército libertador ese día.

El parte de Barreiro hace cumplido honor al valor de las tropas. “La desesperación, dice, les inspiraba un valor sin ejemplo. Sus infanterías y caballerías salían de los barrancos, a donde se las había arrojado, y luego trepaban con furia las alturas que habían perdido. Nuestra infantería no podía resistirles”. En otro lugar añade: “La desesperación precipitaba a sus jefes y oficiales sobre nuestras bayonetas, y recibían la muerte que merecían”.

La bizarra conducta de Rondón y el valor sereno de las pocas tropas británicas sirvieron muy eficazmente para alcanzar la victoria o más bien para salvar de su completa destrucción el ejército libertador de Nueva Granada. En la orden general publicada al siguiente día, reconoció Bolívar los méritos contraídos por aquellos valientes extranjeros y les confirió la “cruz de libertadores”, distinción que bien merecieron. Los patriotas vivaquearon a corta distancia del campo de batalla y los realistas en el mismo lugar que ocupaban antes la víspera. A la mañana siguiente volvieron aquellos al ensangrentado teatro de la acción, recogieron las armas y banderas y presentaron de nuevo batalla al enemigo, que no la aceptó. Ese mismo día ambos ejércitos regresaron a sus antiguas posiciones en Bonza por los mismos caminos que habían traído el día anterior, a reparar sus pérdidas respectivas. En verdad que éstas fueron inmensas, considerando el corto número de combatientes. La división de Anzoátegui que sostuvo lo más recio del combate, naturalmente sufrió más; todos los batallones quedaron reducidos a esqueleto y consumieron casi todas sus municiones. Era verdaderamente lastimoso el estado del ejército después de los azares de la campaña; afortunadamente para la América el enemigo quedó tan desalentado con el resultado de la batalla del Pantano de Vargas, que nada había que temer de él mientras no le llegasen los refuerzos que había pedido a Santafé y los que creía en marcha de Venezuela, pues no podía Barreiro suponer que militar tan experto y astuto como Morillo se hubiese dejado burlar por Bolívar. Barreiro estableció su campamento el 27 en Tasco a corta distancia de su anterior posición en los Molinos de Bonza.

La actividad y energía del caudillo republicano parecían redoblar en proporción del aumento de las dificultades. Nunca se mostró más digno de su reputación que después de la batalla del Pantano de Vargas. El general Páez había faltado a la combinación convenida de invadir la Nueva Granada por Cúcuta, porque no había podido o no había querido salir de los llanos del Apure, y por lo tanto no había ya para qué pensar más en apoyo alguno por aquel lado. El ejército no tenía más esperanza que en los talentos de Bolívar y en los recursos que su genio le sugería. Y en verdad que esos eran suficientes, como lo justificaron los acontecimientos posteriores. El 27 se proclamó la ley marcial, medida atrevida en una época en que era preciso halagar de todos modos al pueblo; y se despacharon oficiales en todas direcciones a recoger los enfermos y dispersos que habían quedado en los pueblos del tránsito y a activar la remisión de los elementos militares que se aguardaban de Casanare. Desde que se promulgó la ley marcial comenzaron a presentarse reclutas en el cuartel general; pero mucho había que hacer para transformar a estos infelices cuanto patriotas labrie-

gos en soldados, y darles un aspecto marcial. Nada podía ser menos militar que el traje que vestían: un sombrero de lana gris de anchas alas y copa baja cubría una cabeza que hacía recordar la de Sansón antes que la fatal tijera hubiese cortado su tupida y larga cabellera; una inmensa manta cuadrada, de lana burda, con una abertura en el medio que daba paso a aquella descomunal cabeza, pendía de los hombros a las rodillas y les daba el aspecto de hombres sin brazos. Si fácil era cerciorarse de que sí los tenían, y muy robustos, y si era fácil también darles un aire marcial con sólo quitarles la ruana, que así se llama aquella manta, despojarlos del sombrero y trasquilarlos, no le era tanto instruirlos en el manejo del arma y hacer que la disparasen sin cerrar los ojos y volver la cabeza hacia atrás, poniendo en mayor peligro su propia vida y la de sus compañeros que la de los contrarios. A pesar de todo, dentro de muy pocos días ochocientos de estos reclutas, divididos en compañías, presentaban a la distancia una apariencia imponente, y en la batalla de Boyacá, como en todas las que se libraron después, probaron los rústicos indígenas que no tiene la América del Sur mejores soldados de infantería que ellos.

Habiendo llegado al cuartel general las municiones que se esperaban y los convalides de los hospitales, y aumentado además el ejército con los voluntarios que el patriotismo y no la ley marcial había allegado, emprendióse la marcha sobre el enemigo el 3 de agosto, con lo que Barreiro se vio obligado a evacuar el pueblo de Paipa, retirando sus avanzadas al aproximarse los independientes a las alturas que dominan el camino de Tunja. Al cerrar la noche cruzaron el río Sogamoso los patriotas y acamparon a media legua de los realistas. Al día siguiente resolvió Bolívar volver a las anteriores posiciones de Bonza; pero a puestas del sol volvió el ejército a pasar el río, y al oscurecer dio contraorden, y dejando al enemigo a retaguardia, emprendió marcha sobre Tunja por el camino de Toca. A las 11 de la mañana ocupó la ciudad e hizo prisioneros los pocos soldados de la guarnición, pues el gobernador de Tunja había salido aquella misma mañana para el cuartel general de Barreiro con el tercer batallón de Numancia y una brigada de artillería. El ejército patriota fue acogido en Tunja con las mismas demostraciones de júbilo con que había sido recibido en todas partes.

El atrevido movimiento de Bolívar aterrorizó al realista y decidió de la suerte de la campaña. Sólo vino a saberse el movimiento a la mañana siguiente en el campo enemigo, y entonces Barreiro siguió hacia Tunja por el camino principal. En la noche sesgó un tanto sobre la derecha, y en la mañana siguiente entró en Mogavita, aldehuela poco distante de la ciudad. Un destacamento de caballería que había seguido su movimiento picándole la retaguardia, le inquietó bastante durante la noche y le hizo prisioneros todos los rezagados. El 7 continuó Barreiro su marcha y apenas se cercióro de ello Bolívar, que en persona hacía un reconocimiento de la dirección que llevaba, dio orden a su ejército, que tenía formado en la plaza de Tunja, de marchar hacia el punto a donde el enemigo se dirigía, con intención de interponerse entre éste y Santafé. A las dos de la tarde llegaba al puente de Boyacá la primera columna realista y estaba pasándolo cuando la van-

guardia patriota la atacó por retaguardia, a tiempo que la división de Santander coronaba las alturas que dominaban la posición en que Barreiro había desplegado su ejército. Dióse principio a la batalla con escaramuzas de guerrillas, durante las cuales una columna de cazadores realistas pasó el puente a las órdenes del coronel Jiménez y se formó en batalla; mas no pudiéndolo hacer Barreiro con el grueso de su ejército, mandó retirarlo como a tres cuartos de milla del puente, con lo cual dio tiempo a los independientes de cortar la comunicación con Santafé. Dióse orden inmediatamente a Santander para forzar el puente y a Anzoátegui para atacar simultáneamente la posición realista por el ala derecha y por el centro. Se generalizó entonces el combate; la infantería española se comportó con gran denuedo por algún tiempo, hasta que Anzoátegui con sus lanceros envolvió su ala derecha y les tomó la artillería que el batallón Rifles había atacado de frente; la caballería en fuga fue acuchillada, visto lo cual cedió la infantería. Una carga a la bayoneta decidió la jornada. Jiménez, que defendía el puente y tenía en jaque la división de Santander, al observar el desconcierto de Barreiro cejó y la derrota se hizo general. Mil seiscientos hombres depositaron las armas. Barreiro, Jiménez y su segundo, y la mayor parte de los jefes y oficiales cayeron prisioneros. La artillería, municiones, armas, banderas, caballos, cajas y bagajes quedaron en poder del vencedor. Bolívar en persona persiguió a los fugitivos hasta Venta Quemada donde pasó aquella noche. A la mañana siguiente se ejecutó un acto de justa retribución. Vinoni, el traidor, que tuvo la principal parte en la sublevación y entrega del castillo de Puerto Cabello a los españoles, fue reconocido por Bolívar entre los prisioneros hechos durante la persecución y mandado ahorcar en el acto.

El general Soubiette, jefe de estado mayor del ejército, dio cuenta de esta gloriosa batalla en que 2.000 republicanos vencieron a 3.000 realistas, en el parte fechado el día 8 de agosto en Venta Quemada, que dice así:

“Al amanecer el día de ayer dieron parte los cuerpos avanzados de que el enemigo estaba en marcha por el camino de Samacá; el ejército se puso sobre las armas, y luego que se reconoció que la intención del enemigo era pasar el puente de Boyacá para abrir sus comunicaciones directas y ponerse en contacto con la capital, marchó por el camino principal para impedirselo, o forzarlo a admitir la batalla.

“A las dos de la tarde la primera división enemiga llegaba al puente, cuando se dejó ver nuestra descubierta de caballería. El enemigo, que no había podido aun descubrir nuestras fuerzas, y que creyó que lo que se le oponía era un cuerpo de observación, lo hizo atacar con sus cazadores, para alejarlo del camino, mientras que el cuerpo del ejército seguía su movimiento. Nuestras divisiones aceleraron la marcha, y con gran sorpresa del enemigo se presentó toda la infantería en columnas sobre una altura que dominaba su posición. La vanguardia enemiga había subido una parte del camino persiguiendo nuestra descubierta, y el resto del ejército estaba en el bajo a un cuarto de legua del puente, y presentaba una fuerza de 3.000 hombres.

“El batallón **Cazadores** de nuestra vanguardia desplegó una compañía en guerrilla, y con las demás en columna atacó a los cazadores enemigos y los obligó a retirarse precipitadamente hasta un paredón, de donde fueron también desalojados; pasaron el puente y tomaron posiciones del otro lado; entretanto nuestra infantería descendía y la caballería marchaba por el camino.

“El enemigo intentó un movimiento por su derecha, y se le opusieron los **Rifles** y una compañía inglesa. Los batallones 1º de **Barcelona** y **Bravos de Páez** con el escuadrón de caballería del **Llano-arriba**, marcharon por el centro. El batallón de línea de **Nueva Granada** y los **Guías** de retaguardia se reunieron al batallón de **Cazadores** y formaban la izquierda. La columna de Tunja y la del Socorro quedaron en reserva.

“En el momento se empeñó la acción en todos los puntos de la línea. El señor general Anzoátegui dirigía las operaciones del centro y de la derecha: hizo atacar un batallón que el enemigo había desplegado en guerrilla en una cañada, y lo obligó a retirarse al cuerpo del ejército, que, en columna sobre una altura, con tres piezas de artillería al centro y dos cuerpos de caballería a los costados, aguardó el ataque. Las tropas del centro, despreciando los fuegos que hacían algunos cuerpos enemigos situados sobre su flanco izquierdo, atacaron la fuerza principal. El enemigo hacía un fuego terrible; pero nuestras tropas, con movimientos los más audaces y ejecutados con la más estricta disciplina, envolvieron todos los cuerpos enemigos. El escuadrón de caballería del **Llano-arriba** cargó con su acostumbrado valor y desde aquel momento todos los esfuerzos del general español fueron infructuosos: perdió su posición. La compañía de **Granaderos a Caballo** (toda de españoles) fue la primera que cobardemente abandonó el campo de batalla. La infantería trató de rehacerse en otra altura, pero fue inmediatamente destruída. Un cuerpo de caballería que estaba en reserva aguardó la nuéstra con las lanzas caladas, y fue despedazado a lanzazos; y todo el ejército español en completa derrota y cercado por todas partes después de sufrir una grande mortandad, rindió sus armas y se entregó prisionero. Casi simultáneamente el señor general Santander, que dirigía las operaciones de la izquierda, y que había encontrado una resistencia temeraria en la vanguardia enemiga, a la que sólo le había opuesto sus **Cazadores**, cargó con unas compañías del batallón de línea y los **Guías** de retaguardia, pasó el puente y completó la victoria.

“Todo el ejército enemigo quedó en nuestro poder; fue prisionero el general Barreiro, comandante general del ejército de Nueva Granada, a quien tomó en el campo de batalla el soldado del 1º de **Rifles**, Pedro Martínez; fue prisionero su segundo el coronel Jiménez, casi todos los comandantes y mayores de los cuerpos, multitud de subalternos y más de 1.600 soldados; todo su armamento, municiones, artillería, caballería, etc.; apenas se han salvado 50 hombres, entre ellos algunos jefes y oficiales de caballería que huyeron anteriormente.

“El general Santander con la vanguardia y los **Guías** de retaguardia, siguió en el mismo acto en persecución de los dispersos hasta

este sitio; y el general Anzoátegui con el resto del ejército permaneció toda la noche en el mismo campo.

“No son calculables las ventajas que ha conseguido la república con la gloriosa victoria obtenida ayer. Jamás nuestras tropas habían triunfado de un modo más decisivo, y pocas veces habían combatido con tropas tan disciplinadas y tan bien mandadas.

“Nada es comparable a la intrepidez con que el señor general Anzoátegui, a la cabeza de dos batallones y un escuadrón de caballería, atacó y rindió el cuerpo principal del enemigo. A él se debe en gran parte la victoria. El señor general Santander dirigió sus movimientos con acierto y firmeza. Los batallones **Bravos de Páez** y 1º de **Barcelona**, y el escuadrón del **Llano-arriba** combatieron con un valor asombroso. Las columnas de Tunja y el Socorro se reunieron a la derecha al decidirse la batalla. En suma, S. E. ha quedado altamente satisfecho de la conducta de todos los jefes, oficiales y soldados del ejército libertador en esta memorable jornada.

“Nuestra pérdida ha consistido en 13 muertos y 53 heridos; entre los primeros, el teniente de caballería N. Pérez y el R. P. Fr. Miguel Díaz, capellán de vanguardia; y entre los segundos, el sargento José Rafael de Las Héras, el capitán Johnson y el teniente Rivero”.

Del boletín del 11 copio estas palabras: “El ejército libertador ha llegado al término que se propuso al emprender esta campaña. A los 75 días de marcha desde el pueblo de Mantecal en la provincia de Barinas, entró S. E. en la capital del Nuevo Reino, habiendo superado trabajos y dificultades mayores que las que se previeran al resolver esta grande operación y habiendo destruído un ejército tres veces más fuerte que el que invadía. Puede decirse que la libertad de la Nueva Granada ha asegurado de un modo infalible la de toda la América del Sur”.